

giata de San Hipólito, hoy residencia de los RR. PP. Jesuitas, se hallaban antes en dos grandes arcones de madera pintada y cubiertos con dos grandes paños de terciopelo c rmesí, galoneado de oro, teniendo en la parte superior grandes almohadones de igual género, sobre los cuales descansaban los atributos reales. En el año de 1846 esa misma comisión de Monumentos, deseando darles más decente sepulcro, consiguió el permiso necesario del Gobierno para traer del exconvento de San Gerónimo todo el mármol rojo que fuera necesario, de los muchos que allí existían, para labrar los dos hermosos sepulcros en que hoy descansan. De sus restos se conservan el cadáver de Fernando IV, momificado, y el de su hijo, los huesos, que se hallan cuidadosamente envueltos en algodón en rama.

Y ya que de estos Monarcas me ocupo voy á referir un hecho que en Córdoba pasa como verídico. Con muchas solemnidades, y antes de ocupar los nuevos sepulcros, eran enseñados sus cuerpos á cuantos personajes visitaban á Córdoba y deseaban verlos, y cuentan que uno de estos, al llegar al de Fernando IV, se inclinó y sin que los Canónigos de la entonces Colegiata, que le acompañaban, se atrevieran á oponerse á ello, le arrancó los dedos de la mano derecha pulgar, índice y del corazón para llevarlos á Madrid y entregarlos á los descendientes de los Carvajales como recuerdo histórico, por ser los mismos que cogieron la pluma con que se firmó la sentencia de muerte de aquellos sus antepasados que emplazaron á este Monarca ante el tribunal de Dios.

Para terminar las memorias de este Convento de San Gerónimo, he de consignar en este sitio un hecho

histórico, ocurrido entre la Comunidad de este Convento y el Cabildo Catedral de Córdoba.

Con motivo de unas obras que estaba realizando en la Catedral el Cabildo Eclesiástico de esta Santa Iglesia, venían las carretas del mismo conduciendo materiales para ella de la próxima aldea de Trassierra, tres leguas de esta capital, y bajaban á la ciudad por el antiguo camino que cruzaba los terrenos del Convento de San Gerónimo. Tuvo noticias de ello el Prior de dicho Monasterio, y resentido de que no le hubiesen pedido permiso á él, considerando aquella vía como servidumbre exclusiva del Convento, mandó á sus guardas se situaran en las lindes de las tierras que eran propiedad del Convento y que cuanto llegaran las carretas del Cabildo fueran detenidas y denunciadas.

Así se hizo, en efecto, y los encargados de las carretas bajaron á dar parte al Deán de lo ocurrido, lo que le molestó tanto, que dispuso quedaran allí detenidas hasta que se ventilara el derecho de los Frailés sobre aquel camino. Entabló un largo y costosísimo pleito que tardó en ser fallado por la Real Cancillería de Granada dos años y pico, resolviendo el litigio en favor del Deán, en cuyo día volvieron á uncirse los bueyes á sus carretas y continuaron su interrumpida marcha, para que siempre constara que las dichas carretas habían podido ser detenidas, pero no vueltas atrás por el Prior de San Jerónimo; y el Deán, para molestarles aun más, mandó poner dos grandes marmolillos de piedra negra en las lindes alta y baja de aquel camino, con la declaración de ser pública aquella vía.

El que se encuentra en la cumbre del cerro, distante



de la actual carretera unos quince ó veinte metros, y situado en el kilómetro 10 de la misma, tiene la siguiente inscripción, que es igual en un todo al de la parte baja del antiguo camino, hoy completamente abandonado.

«Por sentencias a instancias del señor Doctor don Francisco Xavier Fernández de Córdoba, Deán de esta Santa Iglesia, ante don Francisco Molina, año de MDCCLXXXIX, conforme á títulos de propiedad, se halla declarado que el presente y demás caminos que sobre esta tierra descenden á la ciudad de Córdoba son públicos, de público tránsito y disfrute del común y de los pasajeros que por ellos viajan.»

Como tanto los hombres como los bueyes que conducían las carretas, según se ha dicho, estuvieron parados tan largo espacio de tiempo, desmontaron aquel sitio de una manera tan perfecta, que aun hoy día, á pesar de hallarse poblados de espeso monte bajo todos sus alrededores, es escasa la mata que allí se encuentra nacida, con seguridad, muy posteriormente á estos sucesos, y tomando aquel sitio desde entonces el significativo nombre de «El raso del mesonero», que es con el que hoy se le conoce.

LA ARRUZAFÁ